

Capítulo 1

Buen Vivir y Estilos de Desarrollo

Elementos para un debate pendiente

Grupo de Estudios sobre Historia y Discurso GEHD

El presente libro tiene varios objetivos. En primer lugar, poner a circular una serie de debates clave respecto del desarrollo; en particular, un conjunto de discusiones sobre “estilos de desarrollo” que se desplegaron entre 1969 y comienzos de la década del ochenta. Nuestro interés en exhumar estas memorias, usualmente desatendidas por la literatura especializada¹, no resulta de la curiosidad por lo remoto sino, por el contrario, de la convicción que entre ellas y las más actuales propuestas del buen vivir se teje un diálogo silencioso. Ese diálogo es, en buena medida, una operación de la crítica; es decir, de nuestro propio trabajo de archivo en busca de la historia del presente.

En este capítulo inicial² se presentarán algunos elementos generales del libro que se desplegarán con mayor detalle en cada uno de los que le siguen. Para ello, dejaremos asentados algunos aspectos nodales de las propuestas del buen vivir, por una parte, y del debate de “estilos de desarrollo”, por la otra; indicando, en cada caso, los aspectos que se irán retomando en las distintas contribuciones.

Buen Vivir y las críticas al desarrollo

Desde distintos países de América del Sur, pero muy particularmente desde Ecuador y Bolivia en la última década han ido tomado forma propuestas de

¹ Debemos consignar algunas excepciones a este olvido. Por una parte, un documento de Eric Calcagno publicado por CEPAL en 1990, en el que se retomaban y sistematizaban estos debates en pleno auge del pensamiento único neoliberal. A ello debe sumarse el libro compilado por Sara Rietti, que comenzó a delinearse en 1996, pero que no vería la luz sino hasta 2007. Finalmente, ha sido notable la reciente iniciativa de la Biblioteca Nacional que, bajo la dirección de Horacio González, ha reeditado libros nodales para aquellos debates: *El pensamiento latinoamericano en la problemática ciencia-tecnología-desarrollo-dependencia* compilado por Jorge Sabato (1975), *Ciencia y política en América Latina* de Amílcar Herrera (1971) y *Estilos tecnológicos. Propuestas para la selección de tecnologías bajo racionalidad socialista* de Oscar Varsavsky (1974). A estos antecedentes deberían sumarse, muy probablemente otros; sin embargo, los citados han sido los que nos han allanado el camino hacia las discusiones que en este libro nos proponemos poner en diálogo con debates del presente.

² Hemos publicado una primera versión de este texto como: Aguilar, Paula; Fiuza, Pilar; Glozman, Mara; Grondona, Ana y Pryluka, Pablo, 2015. “Hacia una genealogía del Buen Vivir. Contribuciones desde el Análisis Materialista del Discurso”, en *Theomai*, N°32, segundo semestre, pp. 96-127.

disputa/revisión/subversión del “desarrollo” que, de un modo complejo y heterogéneo, se reúnen bajo la rúbrica de “buen vivir” y del “vivir bien” (BV). Las fuerzas políticas que han impulsado esos procesos están vinculadas con actores que habían desarrollado resistencias al neoliberalismo y que, como consecuencia de diversos procesos de participación y lucha, reformaron sus constituciones y refundaron sus estados (Tapia, 2009; García Linera, 2012; Larrea, 2010).

La centralidad de la perspectiva del *sumak kawsay/sumak kamaña* (buen vivir, vivir bien) ha implicado la revalorización de las voces de las comunidades de los pueblos originarios y sus saberes. En algunos casos, esas mismas comunidades han pasado a formar parte de las instancias decisorias del gobierno. Más concretamente, han participado en la formulación de los planes nacionales de desarrollo específicos que analizaremos a lo largo del presente libro³. Por cierto, la escala de los procesos que llevan el nombre de buen vivir (BV) ha excedido el marco de la experiencia nacional y resultan ilegibles por fuera de una profunda reformulación de la integración regional. En particular, el capítulo de Pilar Fiuza y Celeste Viedma procurará echar luz sobre esta dimensión de las propuestas analizadas.

Fundamentalmente, en este libro nos interesará trabajar los debates sobre el BV como una agenda de problemas que se entretujan entre sí de determinados modos. Los aportes se concentran, así, en el análisis de ciertos interrogantes y sus formas de articulación: la cuestión ecológica, los saberes ancestrales, el consumo, la integración, los modos de la relación social, etc. Todas ellas se anudan, según sostendremos, en un intento de redefinición radical tanto de la relación hombre-naturaleza como de las relaciones de los hombres entre sí. Esta redefinición parte, por cierto, de una crítica al “desarrollo” como modo limitado de articular algunas de esas cuestiones; incluso se sugiere una “*moratoria de la palabra desarrollo* para incorporar en el debate el concepto del buen vivir” (PNBVE, 2009: 18, énfasis nuestro). En efecto, la propuesta del BV no genera tan solo dislocaciones, sino que supone subversiones de sentido en relación al modelo de desarrollo:

³Nos hemos centrado en el análisis del Plan Nacional del Buen Vivir de Ecuador (2009-2013/2013-2017) y el Plan Nacional de Desarrollo de Bolivia (2006-2011). La caracterización de las coyunturas en el marco de las cuales se produjeron ambos planes requeriría una reflexión que no puede realizarse aquí. Es preciso destacar que los documentos presentan diferencias entre sí: si bien el plan ecuatoriano es más eficaz en organizar su discurso en la forma de una consigna, *Samak Kuwsay*, es en el plan de Bolivia donde se encuentran más subversiones de sentido respecto del “desarrollo”.

La *clave del desarrollo* radica en la supresión de la estructura de dominación cultural y de discriminación racial vigente y en su sustitución por una *práctica de diálogo, cooperación, complementación, reciprocidad y entendimiento*. Así, *el crecimiento económico* se concibe como el proceso de consolidación, *fortalecimiento e interacción entre identidades*; como la articulación de redes de *intercambio e interculturalidad* (PNDB, 2006: 12, énfasis nuestro).

La *interculturalidad* es el motor del *desarrollo* (PNDB, 2006: 13, énfasis nuestro).

En ambas formulaciones opera una reestructuración del sentido de “desarrollo”⁴, mediante su conjugación con significantes usualmente en discursos economicistas. Una primera lectura de ambas sentencias produce, incluso, una sensación de extrañamiento, pues se trata de una torsión substancial al nivel del sentido, cercana a la parodia, que deshace la evidencia de aquello que “inmediatamente” reconocemos como “desarrollo”.

El BV coloca en el centro de sus preocupaciones la pregunta por los “modos de vida”, su carácter histórico y, sobre todo, su *multiplicidad*. La operación del BV no consiste en “sustituir elementos” para arribar a una “verdad”, sino en la *combinación novedosa* de componentes procedentes de diversas formaciones discursivas⁵. Si ello es posible, es en función del desmontaje del mito del “progreso lineal” que pretende “dividir a las culturas entre ‘modernas’ y ‘atrasadas’; entre ‘primitivas’ y ‘avanzadas’” (PNDB, 2006: 10). Desde la perspectiva del PNDB la “*trampa desarrollista* conlleva la *aniquilación de otras temporalidades, de otras memorias, de otros aportes* a la construcción de las relaciones interhumanas y de otras relaciones con el tiempo y con el espacio” (ídem, énfasis nuestro).

⁴ Por cierto, el problema de “desarrollo” tiene una genealogía compleja y heterogénea de la que no podremos dar cuenta aquí. Podemos referir al lector a los trabajos de Rist (2002), Arndt (1992) o Escobar (1998) que se han convertido en clásicos sobre el tema, aun cuando hemos criticado diversos aspectos de sus hipótesis en trabajos previos (Calcagno, Kejsefman y Grondona, 2015). Entendemos, tal como también hemos indicado en otras contribuciones, que la significación principal que el BV viene a desestabilizar es aquella que coagula, en la década del ochenta del siglo XX bajo el concepto de “desarrollo sustentable” (Aguilar, Fiuza, Glozman, Grondona y Pryluka, 2015).

⁵ Nos referimos aquí al concepto acuñado por Michel Foucault (2002) y retomado luego por Michel Pêcheux (1975). Conviene aclarar, además, que este libro se inspira en la perspectiva del Análisis Materialista del Discurso (nos hemos referido a ella en Aguilar, Glozman, Grondona, Haidar, 2014). Así, nuestra puesta en relación de los debates contemporáneos del buen vivir y aquellos sobre estilos de desarrollo se sostiene en los siguientes argumentos teórico-metodológicos: 1) entendemos que en ambos casos se trata de una “problematización” (Foucault, 2001b; Castel, 2001) o “problemática” (Althusser y Balibar, 2004) del desarrollo; es decir, de *ciertos modo de articular y re-articular un haz de interrogantes* alrededor del crecimiento económico, la demografía, los recursos, el ambiente, la nación, el mercado, el consumo, la ciencia y tecnología, la integración económica, etc.; 2) aun cuando no encontremos referencias explícitas a aquellos debates, el concepto de *Interdiscurso* y la noción operativa de “dominio de memoria” (Courtine, 1981) nos permite analizar relaciones *entre* las formulaciones de una y otra coyuntura a partir del análisis de ciertas *regularidades*; 3) finalmente, este libro es una apuesta por una Historia del Presente (Foucault, 1995; Dean, 1994) capaz de visibilizar, a través de un análisis arqueo-genealógico, los trazos de las batallas en las cuales ciertas formas de saber se transformaron en verdad, mientras otras fueron condenadas al olvido o al silencio. Preferimos mostrar esta perspectiva “en funcionamiento”, motivo por el cual ejerceremos cierta economía en las citas de autoridad.

Por el contrario, el horizonte que se propone es “contribuir a la preservación de *otros significados sobre la relación entre la humanidad y la naturaleza* (ídem, énfasis nuestro).

El buen vivir se contrapone, pues, a la “monocultura” (PNBVE, 2009: 17). En su lugar, se propone una comprensión “integral, holística, radial y acumulativa, *capaz de abarcar la simultaneidad de situaciones no homogéneas*”, pero que permita “incorporar, a la vez, desde lo cultural, lo económico, lo político y lo social *diversas prácticas y conocimientos provenientes de actores sociales diferentes*, portadores de intereses, expectativas y percepciones contrapuestos” (PNBVE, 2009: 10).

La definición que se propone del buen vivir expresa el encuentro entre diversas perspectivas “entre pueblos y comunidades” (PNBVE, 2009: 10). Se destaca la valoración de las concepciones de las culturas originarias e indígenas que asumen un rol protagónico. Sin embargo, con ello no se reivindica ningún “tradicionalismo”. Una de las operaciones características del BV consiste, precisamente, en *desmontar* la dicotomía moderno-tradicional. Con ello, se deshace la aparente homogeneidad de modos de vida que se deriva de predicar “el” desarrollo y “la” modernización en singular.

La crítica al mito del progreso se extiende al cuestionamiento del papel de los países desarrollados como “modelos” a seguir. De esto se deriva, asimismo, la puesta en duda del crecimiento económico como medida de modernización que se sustituye por un relato histórico que resalta los modos desiguales de relación con la naturaleza y entre las culturas. Así, la historia de la explotación de la naturaleza es, al mismo tiempo, la historia de la explotación social y del racismo. Esta operación implica, además, una asignación de *responsabilidades* por la desigualdad, la exclusión y la discriminación, que recaen en “empresas trasnacionales”, las “organizaciones multilaterales” y “la tecnoburocracia”, así como el “núcleo oligárquico terrateniente” y “las élites dirigentes”. También se señalan configuraciones ideológicas y patrones de organización de ese modelo de sociedad: “el patrón primario exportador”, “la visión mercadocéntrica”, “el neoliberalismo”, “el colonialismo”, “el desarrollismo”, “el etnocentrismo” y “el racismo”.

En el esquema del BV el Estado ocupa un papel central, no ya como “promotor”, sino también como “protagonista”. Asimismo, la reaparición del género discursivo de los “planes nacionales de desarrollo” en el marco del BV vuelve a colocar la cuestión de la “totalidad” en el plano de lo “nacional”, mediante el diseño de líneas políticas *holistas* (PNDB, 2006: 98), sistemáticamente descartadas “bajo la visión de una política neoliberal que fijó como principal parámetro de desarrollo la atracción y protección de las

inversiones externas” (PNDB, 2006: 98). Por cierto, lejos de tratarse de un mero “regreso” a las lógicas de planificación hegemónicas en la segunda posguerra, “lo nacional” en estos planes más contemporáneos se ha redefinido de un modo sumamente complejo, atendiendo al presupuesto de la multiplicidad constitutiva del Estado (García Linera, 2013). Lejos de ser un obstáculo o una rémora, como se señaló más arriba, la pluralidad es el motor del desarrollo. Por otra parte, esta re-problematización de la cuestión de la soberanía también se enlaza con la crítica del patrón de desarrollo y su relación con el ambiente:

El territorio boliviano ha sufrido un paulatino *deterioro ambiental* a causa de una explotación incontrolada de sus recursos naturales que, lejos de beneficiar al país, ha enriquecido solamente a *ciertos grupos* que han detentado el poder. *La recuperación de la soberanía sobre los recursos naturales —renovables y no renovables—, implica también su conservación, protección y el fomento a la producción orgánica y ecológica.* (PNDB, 2006: 98, énfasis nuestro).

En la formulación precedente, la soberanía es un factor clave *para* la conservación de la naturaleza y se contrapone a la prevalencia de intereses concentrados. Esta re-inscripción de la relación entre desarrollo, recursos y ambiente en el marco de la soberanía implica una disputa por los modos de apropiación de la naturaleza, que se alejan del discurso inocente del “retorno” a una supuesta “comunidad de origen”. Por el contrario, retoman, de un modo polémico, los desafíos actuales de la agenda internacional. En esta dirección, se problematiza el proceso de registro bioprospectivo y de patentamiento de todas las formas de vida que puso en marcha el acuerdo TRIPPS⁶ que, junto con el vacío de normativa nacional, resultó en que varios componentes de la biodiversidad boliviana se registraran en el extranjero. En consecuencia, se plantea la necesidad de elaborar y someter a aprobación leyes que resguarden esas formas del “patrimonio intangible” (PNDB, 2006: 60). En esta dirección, las posiciones que desde los gobiernos de Bolivia y Ecuador se han esgrimido en los últimos años respecto de la cuestión ambiental y, en particular, en relación a ciertos temas controversiales como el “cambio climático”, apuntan a reivindicar la “deuda ecológica” que los países del Norte mantienen respecto del Sur, así como a afirmar la soberanía permanente de los Estados sobre sus recursos naturales no renovables y a defender la soberanía económica sobre los recursos naturales. Atendiendo al saqueo de recursos que ha experimentado a lo largo de su historia América Latina, así como las amenazas actuales de biopiratería, la Constitución de Bolivia (art. 30

⁶ El acuerdo sobre Trade Related Aspects of Intellectual Property Rights (TRIPS), firmado en 1994, es un acuerdo internacional administrado por la Organización Mundial de Comercio.

inc.11) y la Constitución de Ecuador (art. 322 y 402) han introducido cláusulas destinadas a prevenir un nuevo despojo. Sobre esta cuestión se trabajará con mayor profundidad en el capítulo de Victoria Haidar.

Asociada con la problematización de los modos de apropiación de “lo vivo”, aparece la sospecha respecto de los saberes que se movilizan para gobernar esa cuestión. En este sentido, el PNDB señala:

Muchas decisiones y políticas se han ejecutado sobre la base de supuestos o percepciones no científicas (*ordenados por trabajos de consultoría que no generan conocimientos y usan los existentes como productos académicos, sin reconocer su origen*), que no han permitido conocer *lo nuevo*, lo extenso o lo profundo y lo esencial de nuestra realidad (...). El no conocer tal realidad por *no aplicar investigaciones con todo el rigor metodológico y científico, nos ha conducido a quedar atrapados en la frontera de la especulación*. Es un hecho conocido que los grandes problemas locales y nacionales, de cualquier orden, requieren, en gran parte, soluciones científicamente formuladas. Sin embargo, gran parte de las respuestas de “expertos”, consultores o de acuerdos ejecutivos no tienen una base científica (PNDB, 2006: 182, énfasis nuestro).

Por una parte, se insiste en la desnaturalización de lo que se presenta como una evidencia que exige reconocimiento (la ciencia, el saber experto). Así, los saberes supuestamente “científicos” de los expertos se sitúan al interior de un campo de prácticas (académicas, de consultorías) que los sobredeterminan. Por otra parte, entre las críticas a los saberes expertos se incluye la imposibilidad de conocer “lo nuevo” y distinto. Es preciso destacar que la impugnación de los trabajos de consultoría no opera a partir de la sustitución de unos criterios de legitimidad (el moderno saber científico, por ejemplo) por otros (los saberes ancestrales). Los saberes expertos son impugnados en los términos de la misma matriz científica en la que pretenden inscribirse, no por no dar cuenta de las verdades del pasado, sino por su miopía para analizar el presente.

A partir de este diagnóstico, urge una transformación y *democratización* de los modos de saber para conformar una cultura científica, inclusiva y recíproca:

[Este nuevo modelo] se propone contribuir al nuevo patrón de desarrollo a través de la generación de conocimientos y tecnología, y su aplicación en los procesos productivos y en la solución de grandes problemas nacionales (...) *incorporar los saberes locales y el conocimiento indígena al campo de conocimientos científicos para su valoración y aplicación en el desarrollo*; desarrollar una cultura científica a través de la extensa difusión de la CTI⁷ para promover la apropiación del conocimiento en el marco de la inclusión y la reciprocidad (PNDB, 2006: 183).

La articulación entre saberes tecnológicos y saberes locales expresa un modo de problematizar la relación entre desarrollo y ambiente centrado más en la *creatividad* que

⁷ Sigla que refiere a Ciencia, Tecnología e Innovación.

en la *conservación*. En consonancia con ello, el BV está asociado a un imperativo de transformación social y cultural: sostiene el carácter imperioso de “vulnerar, desobedecer y quebrantar los moldes mentales del desarrollo convencional para esbozar una nueva configuración mental en torno al desarrollo” (PNDB, 2006: 11). Dedicaremos particular atención al papel de los saberes expertos y sus modos de vinculación con los saberes locales en el capítulo de Ana Grondona.

Ahora bien, las transformaciones propuestas por el BV también involucran una revisión de los modos del vínculo social, las formas de organización de la reproducción de la vida e incluso de los modos de organización y experiencia del tiempo. En este sentido, se trata de un llamado a una nueva cosmovisión integrada. El capítulo de Paula Aguilar analiza más puntualmente estas dimensiones.

En el apartado que sigue presentaremos algunos de los debates que desde América Latina discutieron y propusieron “otro desarrollo” hace algo más de cuatro décadas. Estos debates, a diferencia de la cosmovisión de los pueblos indígenas, no aparecen explícitamente retomados en las propuestas actuales del BV. En este sentido, cabe reflexionar sobre el campo de visibilidad y de enunciabilidad de este discurso y sus sombras. Fundamentalmente, entendemos que en el BV —al igual que, con ligeros matices, en las contribuciones de A. Escobar (1998) o de E. Gudynas y A. Acosta (2011)— opera cierta homogeneización del “discurso del desarrollo” que desatiende algunas de sus tensiones y disputas. Así, por ejemplo:

En términos generales, el concepto dominante de desarrollo ha mutado y ha sido inmune a cuestionamientos. Ha “resistido” a críticas feministas, ambientales, culturales, comunitarias, políticas, entre otras. No obstante, sus críticos implacables han sido *incapaces de plantear conceptos alternativos*. Es por eso que es necesario encontrar propuestas desde el sur que permitan repensar las relaciones sociales, culturales, económicas, ambientales desde otro lugar (PNVBE, 2009: 18, énfasis nuestro).

En este libro nos proponemos, pues, desmontar el presupuesto que opera en el párrafo precedente y mostrar los diálogos, encuentros y desencuentros posibles entre dos modos creativos y políticamente potentes de disputar “el desarrollo”.

Estilos para *otro(s)* desarrollo(s)

Hacia fines de los años sesenta tuvo lugar un balance respecto de la denominada “primera década del desarrollo”. En el marco de una agitación política en ascenso tanto en Europa

como en América Latina⁸ y de la consolidación de un escenario de crisis económica y energética, el debate se volvió urgente. En 1968, puntualmente, las Naciones Unidas formularon una agenda de iniciativas para el *Segundo decenio del desarrollo* en la que se destacaba la preocupación por el medio ambiente y por la distribución del ingreso.

En sintonía con la primera inquietud, en 1972 se organizó la *Conferencia de Naciones Unidas sobre el Medio Humano* en Estocolmo, de amplia repercusión internacional. En América Latina movilizó seminarios y publicaciones de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), así como la inclusión del tema ambiental en la agenda política. Esta agenda tuvo singular vigencia en la Argentina a partir de 1973, tal como muestra la creación de una Secretaría de Ambiente Humano y la inclusión de esta temática en el Plan Trienal para la Reconstrucción y la Liberación Nacional (PTRLN).

En este mismo clima de problematización global de la relación entre “desarrollo”, “población”, “tecnología”, “nación”, “recursos naturales” y “consumo” también se movilizaron nuevos dispositivos y tecnologías informáticas que hicieron de “la economía mundial” un ámbito para la proyección de escenarios. Ejemplo de ello fue la iniciativa del Club de Roma, un grupo de científicos y políticos reunidos desde 1968 alrededor de las preocupaciones por el desarrollo, que auguró una crisis aguda de recursos para el año 2000 mediante el uso de computadoras. Los resultados del denominado Modelo Mundo III, encargado al Massachusetts Institute of Technology (MIT), fueron presentados en 1970 y publicados luego por Dennis Meadows bajo el título *Limites del Crecimiento*.

Basándose en el hallazgo de la existencia de “límites naturales al crecimiento”, el modelo propuesto recomendaba un congelamiento del progreso económico para los países centrales y un estricto control de la natalidad en los países periféricos. Estas vías, aunque idealmente debían darse de modo simultáneo, admitían modulaciones. A partir de ello, desde diversos sectores, el informe fue recibido como una propuesta neomalthusiana dirigida a los países del Tercer Mundo⁹.

⁸ Nos referimos a las iniciativas contrahegemónicas que siguieron los caminos abiertos por la Revolución Cubana, los procesos de descolonización africanos y las revueltas del Mayo Francés, las experiencias de lucha armada en varios países de América Latina, la opción chilena de la vía democrática al socialismo, el ascenso de gobiernos populistas de izquierdas y las numerosas expresiones sociales y políticas de crítica al *status quo* desplegadas en el denominado Tercer Mundo.

⁹ No se trató de una interpretación caprichosa, no sólo por lo que efectivamente se afirmaba en aquel informe sino por el hecho de que, por aquellos años, el Banco Mundial y Henry Kissinger también insistiera en campañas de control de la natalidad para los países “subdesarrollados”.

Frente a este diagnóstico sombrío surgirían, en particular desde América Latina, posiciones que trocaban la pregunta en torno de los *futuros* límites físicos del desarrollo, por otra centrada en los *límites sociales y económicos* del estilo de desarrollo existente. Así, desde instancias colectivas como Fundación Bariloche¹⁰, el Centro de Estudios del Desarrollo venezolano (con el protagonismo de Oscar Varsavsky¹¹) e instituciones regionales como la CEPAL (Comisión Económica para América Latina) se debatirían “otros estilos”, en plural. Desde estas posiciones se diseñaron modelos matemáticos multivariados alternativos que mostraban la *factibilidad* de un orden social en el que todos tuvieran sus necesidades materiales y espirituales resueltas.

En este apartado presentaremos algunos aspectos generales de los documentos producidos en relación con el Modelo Mundial Latinoamericano (MML) de Fundación Bariloche (FB) y el Estilo de Desarrollo Socialista Nacional y Creativo (EDSNC) de Oscar Varsavsky¹², así como también algunos pasajes del seminario “Estilos de desarrollo y medioambiente en América Latina” organizado en 1979 por CEPAL. También, nos interesa referirnos a otro de los modos bajo los cuales emergió esta problematización de las alternativas al patrón de desarrollo centrado en el crecimiento económico, como el *Plan Trienal para la Reconstrucción y la Liberación Nacional* (PTRLN) de 1973 o el “Mensaje a los Pueblos y Gobiernos del Mundo” de 1972¹³ que le precedió.

¹⁰ La Fundación Bariloche fue creada en el año 1963 en la ciudad de Bariloche por un grupo de científicos de la Comisión Nacional de Energía Atómica. Luego de presenciar una reunión de presentación del modelo de Meadows en Río de Janeiro en 1970, la Fundación organizó un grupo en el que científicos argentinos de diversas disciplinas (Amílcar Herrera, Carlos Mallmann, Hugo Scolnik, Jorge Sábat, Enrique Oteiza), así como otros colegas latinoamericanos (Celso Furtado) se propusieron rebatir el argumento apocalíptico del Club de Roma.

¹¹ Oscar Varsavsky fue un físico, químico y filósofo argentino. A partir de su exilio en 1966 participó del diseño de planes en el Centro de Estudios en Desarrollo (CENDES) de Venezuela y del plan INCA de Perú (durante el gobierno de Velasco Alvarado). Asimismo, colaboró con CEPAL, particularmente con la oficina en la Argentina dirigida por su amigo Eric Calcagno. De regreso en la Argentina integró los Comandos Tecnológicos organizados alrededor del regreso de Juan Domingo Perón (Fernández Pardo y Frenkel, 2004: 150). Según una entrevista realizada a Eduardo Bustelo en junio de 2012, participó, junto a una comisión de CEPAL, en el diseño del Plan Trienal para la Reconstrucción y la Liberación Nacional (PTRLN) de 1973. Sobre la trayectoria de Varsavsky ver Rietti, 2002 y GEHD, 2014.

¹² Más allá de las particularidades teóricas y técnicas —así, por ejemplo, el MML proyectaba su alternativa al desarrollo en una escala global, mientras que Varsavsky lo hacía a nivel nacional— ambos esquemas compartían múltiples aspectos: partían de un modelo teórico construido tomando en cuenta determinadas necesidades (materiales y espirituales) que era menester cubrir para toda la población; luego, en virtud de diversas hipótesis y experimentaciones numéricas (realizadas con las primeras computadoras), se establecía los valores que debían asumir distintas variables, para a partir de allí, determinar las medidas que debían tomarse para alcanzar los objetivos propuestos, y calcular el tiempo en que éstos podían alcanzarse.

¹³ Ambos documentos remiten a la figura de J.D. Perón. El “Mensaje a los pueblos...” representa una toma de posición en el marco del debate por la Cumbre de Estocolmo en 1972. El “Plan Trienal...”, por su parte,

Indudablemente, existen importantes diferencias entre estos materiales. Incluso, existieron polémicas directas entre las posiciones que aquí analizamos¹⁴. Ahora bien, *frente* al discurso del Club de Roma, que los precedió, estos documentos componen una serie que converge en postular alternativas concretas para la configuración de “otro desarrollo”.

Estos discursos compartían una desconfianza respecto de los diagnósticos sobre “los límites del desarrollo” como un problema *físico* que remitía al *futuro*. En este sentido, Carlos Mallmann, uno de los científicos vinculados al diseño del MML, respondía al diagnóstico del Club de Roma afirmando que “la catástrofe predicha por algunos modelos en boga (matemáticos o no) constituye *una realidad cotidiana* para gran parte del género humano” (Mallmann, 1972: 9, énfasis nuestro). En efecto, “hambre, analfabetismo, muerte prematura, falta de vivienda adecuada (...) son la suerte común que comparte la mayor parte de los seres que habitan el mundo subdesarrollado” (Mallmann, 1972: 9).

A la operación de *naturalización* de los límites del desarrollo que presuponía y reforzaba la separación entre naturaleza y sociedad, característica del texto de Meadows, se oponía una operación de *politización* que unía ambas dimensiones, tanto en la explicación de la crisis como en la diagramación de su solución. Desde esta perspectiva, los límites que amenazaban la supervivencia de la humanidad, y que se oponían a “su desarrollo armónico”, no eran físicos sino “sociopolíticos”, y dependían de “la actual distribución del poder, tanto internacional como dentro de los países” (Mallmann, 1975: 126). Así, Mallmann afirmaba: “esto se manifiesta en la creciente *desigualdad* tanto *internacional* como dentro *de cada país*” (Mallmann, 1975: 126, énfasis nuestro). Atendiendo a las desigualdades geopolíticas, desde diversas instancias circulaban interpelaciones a la constitución de bloques regionales en defensa de los propios intereses de los países más débiles¹⁵, así como al diseño de *estilos propios de desarrollo*, alternativos.

representó un intento de articular la doctrina peronista, vinculada a los populismos democráticos nacionales y a la doctrina social de la iglesia, con los saberes expertos desarrollados por el Consejo Económico para América Latina (Fiszben y Rougier 2006; Leyba 2010; Fernández Pardo y Frenkel 2004).

¹⁴ Tal es el caso de las polémicas entre Fundación Bariloche y Oscar Varsavsky en la Revista *Ciencia Nueva* en los números 18, 19 y 20 de 1972.

¹⁵ Por ejemplo “la integración latinoamericana es también un objetivo básico del Plan, no solo por consideraciones políticas reconocidas, sino también por la complementariedad que podemos establecer con los países hermanos de América Latina con ventajas mutuas, para mejorar el nivel de vida y quebrar las condiciones de dependencia que afectan a nuestros pueblos. Esa unidad, estrechamente vinculada con la

Ahora bien, resulta interesante señalar que también desde los países centrales se producía un cuestionamiento de relaciones internacionales asimétricas. El informe de la Fundación Hammerskjöld de 1975¹⁶ reflejaba las preocupaciones sobre los efectos de este sistema geopolítico opresivo y retomaba una retórica internacionalista según la cual no había una “contradicción fundamental entre los intereses de los pueblos *sino de estructuras de poder* del Tercer Mundo y de los países industrializados” (Fundación Hammerskjöld, 1975: 65, énfasis nuestro).

Aun cuando en la mayor parte de los documentos analizados la tensión entre centro y periferia aparece como estructurante de modelos de desarrollo en conflicto, también incorporan, de diversos modos, el problema de la desigualdad social entre *clases*. Retomando esta dimensión, el Plan Trienal, por ejemplo, cuestionaba las políticas que respondían a

un modelo de acumulación de capital basado en una *regresiva distribución del ingreso* y, en consecuencia, originaron un perfil de consumo crecientemente sofisticado, destinado a satisfacer patrones de comportamiento y aplicación de recursos de los sectores de ingresos elevados *a costa de la satisfacción de necesidades individuales y colectivas vitales, prioritarias para las grandes mayorías del pueblo*” (PTRLN, 1973: 47, énfasis nuestro).

Justamente el análisis de esta dimensión, y su puesta en relación con las discusiones más actuales del buen vivir será uno de los objetivos centrales del capítulo bajo la responsabilidad de Ramiro Coviello y Pablo Pryluka

También nos interesará indagar, en el capítulo de Victoria Haidar, la manera en que la cuestión de la desigualdad y la explotación se anudaba a la hora de problematizar los procesos históricos de *apropiación desigual de la naturaleza*, tanto a nivel de los países como de las distintas clases sociales y sectores económicos, y *explicaban* las formas que adoptaba la *estructura social* (CEPAL, 1979). En sintonía con estas posiciones, según el MML, el uso dispendioso de los recursos y la contaminación estaba atravesado por el

política de inserción en el Tercer Mundo, se considera condición indispensable para negociar con los demás bloques mundiales” (PTRNL, 1973: 15).

¹⁶ Este es el caso del informe Hammerskjöld, presentado en 1975 en la Asamblea General de las Naciones Unidas. El sugerente título de este documento (*Otro Desarrollo es Posible*) y algunos de sus argumentos nodales, sobre los que volvemos enseguida, señalan un interés por cuestionar las desigualdades naturalizadas por el *Club de Roma*.

problema de la desigualdad y la lógica de acumulación¹⁷: en los países centrales la contaminación estaba asociada al consumo irracional, mientras que en los segundos era resultado de las condiciones insalubres de la pobreza (Herrera, 2004 [1977]: 57). Frente a ello, correspondían *responsabilidades asimétricas* en aras de una solución.

Concordantemente con este modo de calibrar responsabilidades, el Informe Hammerskjöld refutaba la visión neomalthusiana del Club de Roma, al aseverar que la presión sobre los recursos resultaba fundamentalmente del estilo de consumo de los países más ricos. En consecuencia, era más razonable “cambiar el estilo de consumo de los países industrializados” que “aconsejar a los pobres que reduzcan su tasa de natalidad” (Fundación Hammerskjöld, 1975: 36).

Pues bien, esta *politización* general —en virtud de la cual los antagonismos y tensiones se subrayan— tendría como efecto la predicación en “plural” de aquello que, desde la perspectiva del Club de Roma, se predicaba en singular. Construcciones como “estilos de desarrollo”, “pautas de desarrollo”, “modelos” constituyen en gran medida modos de *desestabilización* del efecto de unicidad y evidencia de “EL” desarrollo. Este funcionamiento —la aparición recurrente de frases nominales indefinidas y/o en plural— no afecta solamente al “desarrollo”. Por el contrario, también aparecen referidas al “consumo”, “tecnología”, “contaminación” y “recursos naturales”:

Un estilo tecnológico —con su correspondiente estilo de consumo— orientado a evitar el despilfarro, a metas cumplidas, tendría diferencias sustanciales con respecto al que goza hoy de mayor prestigio (Varsavsky, 2013 [1974]: 84, énfasis nuestro).

Ninguna política de preservación del ecosistema o de reducción del consumo de recursos naturales tiene posibilidad de llevarse a cabo efectivamente, hasta que cada ser humano haya logrado un nivel de vida aceptable (Mallmann, 1972: 7-8, énfasis nuestro).

La manera en que dentro de un determinado sistema se organizan y asignan los recursos humanos y materiales con el objeto de resolver los interrogantes *sobre qué, para quiénes y cómo producir los bienes y servicios (...)*. Las contestaciones a los tres interrogantes están íntimamente interrelacionadas, y es en su conjunto que definen *un estilo* (CEPAL, 1979: 40, énfasis nuestro).

En la serie citada aparece, pues, la crítica al *reduccionismo* del desarrollo pensado en términos de mero crecimiento cuantitativo del producto y al *estilo de vida consumista* que está asociado a él. Esta crítica conlleva como contrapartida la aparición de modulaciones *cualitativas*. A partir de ello, ya no correspondería pensar en una progresión entre

¹⁷ Con diversos matices, estos enunciados circularon en el Informe Dag Hammerskjöld, aunque el centro de la oposición no aparecía en términos explícitamente clasistas, sino más bien como una crítica a la figura de “los poderosos” (Fundación Hammerskjöld, 1975).

economías plenamente o sub desarrolladas, sino dar lugar a *múltiples formas* de administrar, por ejemplo, la relación de los seres humanos con el ambiente. El desarrollo no se subsume, entonces, a una medición del crecimiento económico asociado ni al “avance” en *la* productividad o *la* tecnología. Desde la perspectiva del documento de Hammerskjold, “la diversidad de las formas de desarrollo responde a la *especificidad de las situaciones culturales o naturales; no existe una fórmula universal*” (Hammerskjold, 1975: 7). Algunas de las alternativas planteadas abogaba por una *solución radical* de las contradicciones del capitalismo, en particular, la Fundación Bariloche y Varsavsky.

Estos discursos insistían no solo sobre la necesidad de pensar alternativas para cada una de las dimensiones vinculadas con el desarrollo, sino sobre el modo en que éstas estaban *interconectadas*. Así, por ejemplo, Varsavsky subrayaba que “la tecnología” era un elemento indisolublemente unido a un proyecto político y cultural, y no un mero instrumento. En este sentido, se rechaza el argumento de la “superioridad tecnológica” del Norte por sobre el Sur. Los estilos tecnológicos debían adaptarse a los proyectos nacionales y no a la inversa. El colonialismo tecnológico no se revertiría “aunque los laboratorios nacionales adquirieran capacidad y permiso para copiar y adaptar las tecnologías nuevas” (Varsavsky, 2013 [1974]: 108). El fin de la dependencia solo llegaría cuando “el país defin[a] su estilo tecnológico propio, en base a su proyecto nacional, y con ese contexto *crea, innova, adapta e incluso compra* si lo considera necesario” (Varsavsky, 2013 [1974]: 108).

Tecnología, consumo, uso de recursos se imbricaban, de esta manera, en el ámbito de lo que se delimitaba como “proyecto nacional” o “modelos de desarrollo”. En tanto se trataba de variables asociadas las unas a las otras, *había poco espacio para el gradualismo*: los límites del desarrollo estaban asociados a “un *sistema* de valores intrínsecamente destructivo”, de modo que “la solución a estos problemas no puede articularse sobre la aplicación circunstancial de medidas correctivas, sino sobre la *creación* de una sociedad *intrínsecamente compatible con su medio ambiente*” (Mallmann, 1972: 7-8, énfasis nuestro).

Pues bien, el punto de partida del diseño de esa sociedad suponía una operación en la que “las necesidades” (humanas, esenciales, populares) funcionaban como piedra basal. Esta centralidad de “lo humano” como medida del desarrollo funcionaba como contrapartida y complemento de los diagnósticos sobre la alienación de las sociedades de consumo en las que, precisamente, “el hombre” se había extraviado. Esta propuesta de centrar el

desarrollo en las necesidades se complementaba con la crítica a la suntuosidad de los consumos de las élites, “reflejo de otras sociedades que, aunque avanzadas en cuanto a su grado de desarrollo económico, afrontan actualmente gravísimos problemas ecológicos y sociales” (PTRLN, 1973: 13). En términos de Hammersjököld, abre “la cuestión de los *límites máximos de consumo*, justificados por la inquietud de una repartición más equitativa de los recursos” (Hammersjököld, 1975: 42, énfasis nuestro).

Estas necesidades humanas de las que había que partir no resultaban asimilables a los mínimos biológicos en los que se basarían los dispositivos neoliberales de gobierno de la pobreza años más tarde. Por el contrario, los listados y ordenamientos que proponen Varsavsky y la Fundación Bariloche incluyen un conjunto extenso y complejo de necesidades que, desde ambas perspectivas, solo se satisfacen en el marco de sociedades *igualitarias*. Carlos Mallmann postulaba, por ejemplo:

El objetivo de la humanidad que proponemos es el de lograr que *todos y cada uno* de los habitantes *presentes y futuros* de nuestro planeta —nave espacial que compartimos— puedan, mediante sus actividades, satisfacer en forma genuina sus *necesidades cuantitativas y comparativas de ser y de acceder* (Mallmann, 1972: 2, énfasis nuestro).

Tal como señalamos más arriba, las perspectivas analizadas en este apartado asociaban los “límites” actuales del desarrollo tanto a la problemática de la “alienación” humana como a las condiciones *desiguales* de explotación y sometimiento, a nivel social e internacional, en las que ese proceso de enajenación se inscribe y que lo explican. En consecuencia, las propuestas de nuevos “estilos” o “modelos” tenían un signo emancipador. Mientras que el Club de Roma proponía un estado de equilibrio que “exigiría cambiar ciertas libertades humanas, como la de la producción ilimitada de niños o el consumo de cantidades irrestrictas de recursos, por otras libertades como el alivio de la contaminación y el hacinamiento” (Meadows, 1972: 225), las propuestas latinoamericanas convocaban a los países subdesarrollados (y en el caso del MML a los sectores progresistas de los países centrales) a un proyecto de liberación, que filiaban a una racionalidad socialista¹⁸, en la que “el concepto de propiedad carece en gran parte de sentido”:

No se trata solamente de que no exista apropiación privada de la tierra y de los bienes de producción, sino que tampoco existe estatización de los mismos (...). El concepto corriente de propiedad debe ser reemplazado por el más universal de uso de los bienes de producción y de la tierra. No existiría propiedad de estos bienes, sino gestión de los

¹⁸ Esta inscripción incluía, sin embargo, una crítica directa a los socialismos reales y, en el caso de Varsavsky, una especificación respecto del carácter “nacional” de la perspectiva.

mismos, decidida y organizada por (...) procesos de discusión (Herrera *et. al.*, 2004 [1977]: 45).

Se produce, así, un cuestionamiento de aspectos fundamentales del modo de producción capitalista, que redundaba en la desestabilización de la forma de vida existente como única disponible. Se abre el juego a formas alternativas y mejores de vivir¹⁹; incluso a una *biopolítica* alternativa.

A este último respecto, resulta interesante señalar que los modelos de Fundación Bariloche y de Oscar Varsavsky incluían estrategias que apuntaban a la conservación y la maximización de la vida humana, pero de un modo muy diverso al modo en que esto aparecía en el Modelo Mundo III de Roma. Incluso, la Fundación Bariloche se ocupó de cuestionar e historizar las leyes malthusianas de crecimiento demográfico²⁰ a partir de las cuales estos expertos habían organizado su diagnóstico y su propuesta.

Fundamentalmente, los promotores de nuevos “estilos” o “modelos” de desarrollo no estaban preocupados por el *quantum* de la población sino, por el contrario, por su *calidad de vida*, en un sentido contrario al del bienestar consumista de los países desarrollados. En el caso de la Fundación Bariloche, ello suponía una importante preocupación por el aumento de la esperanza de vida, como indicador de una mejora en las condiciones. En términos más generales, los discursos analizados se muestran interesados en la conquista de un tiempo fuera del trabajo, de un tiempo de ocio, un aspecto nodal que retomaremos al final del capítulo (y con mayor detalle en el capítulo a cargo de Paula Aguilar).

Tal como señalamos más arriba, la *politización* que introducen los discursos está íntimamente vinculada al reconocimiento de las contradicciones y antagonismos que atravesaban esa coyuntura, así como a la inclinación —ligada por la posición de aquellos desfavorecidos en la coyuntura de las relaciones de fuerza— a *dar batalla*. Lejos del

¹⁹ Solo en tal régimen general de enunciación resultaría posible formular, en un plan de desarrollo lo siguiente: “no es lo mismo elaborar un plan para acercarse a *las actuales formas de vida* de los países industriales, que hacerlo para construir *nuestro propio modelo de nación*” (PTRLN, 1973: 15-16, énfasis nuestro).

²⁰ En la crítica de FB, la teoría de Malthus “fue implícita o explícitamente utilizada por las *clases dominantes de su tiempo; respondía a sus intereses*, y dominó la política salarial y social durante casi todo el siglo XIX. La formulación de ‘soluciones alternativas’ nace de la lucha de las clases oprimidas por rechazar un orden social que las mantenía en niveles de vida infrahumanos. El reconocimiento de que la miseria era una consecuencia de la organización social vigente, y no el producto de una ‘natural inmodificable’, solo se convierte en un elemento dinámico de cambio porque surge en medio de una situación histórica determinada: la de los sectores sociales oprimidos. Son éstos quienes, a través de una larga lucha, consiguen modificar algunos de los caracteres básicos de la sociedad que se origina con la Revolución Industrial” (Mallmann, 1972: 5, énfasis nuestro).

temor al conflicto y a la emergencia de posibilidades que desestabilicen los equilibrios del presente, los discursos latinoamericanos disputan la *verdad* en el campo mismo en la que ella se plantea —la ciencia, los foros internacionales, etc.—.

Las huellas de un desencuentro

Detrás del diálogo que proponemos -insistimos, como ejercicio crítico de re-problematización- se esconde la pregunta por el silencio y el olvido de aquellas discusiones que están lejos de funcionar como un campo de referencias explícitas de los debates más actuales ¿Cómo explicar, pues, este desencuentro?

Aunque se trata de una pregunta que no podemos agotar aquí, entendemos que el propio decurso de aquellos debates (que seguimos a partir de la estela de documentos que dejaron tras de sí), nos dan algunas pistas preliminares. Pocos años después del auge del Modelo Mundial Latinoamericano o de las polémicas varsavskianas, hacia fines de la década de los 70, el análisis de la configuración histórica de la coexistencia de una multiplicidad de estilos de desarrollo (“reales”, “prevalecientes”, “ascendentes”, “en decadencia” o “en descomposición”) (Ver CEPAL, 1979) adquirió un tono marcadamente distinto. La afirmación de alternativas desde América Latina, se enfrentaba con un cambio en sus condiciones de posibilidad. Ahora era tiempo de consolidación de *un* estilo global en ascenso desde la Segunda Guerra Mundial. El *estilo transnacional* en el marco de lo que se describe como una “nueva fase del capitalismo”²¹ y en particular su versión hegemónica, el “*estilo norteamericano*”:

(...) para América Latina, *el estilo ascendente a nivel global y que tiende a convertirse en el estilo dominante en cada uno de los países, es uno solo, el estilo transnacional*. Este estilo ascendente no es necesariamente dominante en un país en particular, ya que existen otros (precapitalistas, campesinos, etc.) que responden a una lógica distinta y que aún no han sido desplazados por él. En todo caso, y salvo contadas excepciones *estos estilos se encuentran en decadencia y descomposición* en América Latina (CEPAL, 1979: 39, énfasis nuestro).

Según se explicaba en los documentos de CEPAL, los EE.UU se habían transformado en el “poder capitalista central y hegemónico” (CEPAL, 1979: 35) y sus empresas en empresas transnacionales que dominaban la economía mundial. Ellas habían servido como correa de transmisión de las pautas de producción y consumo de aquel país, así

²¹ “En forma muy breve, se podría caracterizar esta fase del capitalismo como una en que el sistema capitalista a nivel global comienza a funcionar como un sistema integrado, con creciente homogeneización de diversos procesos (producción, consumo, tecnología, etc.) y que opera en función de una lógica o racionalidad global” (CEPAL, 1979: 39).

como de sus modos de organización, su tecnología, sus técnicas de comercialización, sus medios de comunicación de masas, “en definitiva, *su peculiar estilo*” (CEPAL, 1979, énfasis nuestro). A estas iniciativas en el plano económico, debían sumarse las del campo militar, cultural, de asistencia técnica y financiera que coadyuvaron al mismo resultado: la generalización de los valores y el *estilo norteamericano*.

El *estilo transnacional ascendente* y el *estilo norteamericano* resultan, pues, sinónimos, y configuraban un modo de vida (de producción y de consumo) que parecía dejar poco resquicio a otras alternativas. La consolidación de un único estilo posible y pensable, nos lleva, nuevamente, a la arena política, a un análisis de la correlación de fuerzas:

Las dificultades que enfrentaron las distintas iniciativas de varios gobiernos latinoamericanos por introducir modificaciones en los estilos llevaron a la conclusión que *la dinámica del estilo dominante era de tal fuerza que limitaba seriamente la capacidad de los gobiernos de elegir otro estilo*. Los cambios en el estilo se conciben entonces no tanto como resultado de decisiones internas de políticas sino más bien como consecuencia de cambios en las *estructuras internas de poder y en el orden internacional en el cual está inserta América Latina* (CEPAL, 1979: 42, énfasis nuestro).

La consolidación de un único “modo”, su afirmación global en términos de “un mundo común”, que se consolidaría (por ejemplo) en el informe sobre desarrollo sustentable, conocido como “informe Brundtland”, aún se presentaba, en 1979, como el resultado de una derrota histórica. Por el contrario, algunas décadas más tarde los debates que hemos reseñado quedarían reducidos al olvido²².

Justamente, para presentar estas discusiones olvidadas y dar pie al análisis que nos proponemos contamos con la voz de un protagonista ineludible de aquella y esta coyuntura: Alfredo Eric Calcagno. Las páginas que siguen estarán, entonces, a su cargo.

El ejercicio que se desplegará en los capítulos subsiguientes—una puesta en diálogo de los ecos de aquellas batallas con las del presente— responde a motivos teóricos y políticos. Entendemos que allí hay elementos que nos permiten hipotetizar la presencia de tales resonancias; pero, sobre todo, creemos que en términos de una razón práctica, este encuentro del buen vivir con la crítica (no-antimoderna) de los “estilos” consumistas y enajenados de desarrollo resulta productivo para los múltiples desafíos de nuestro presente. En este sentido, querríamos hacer nuestra la advertencia de Walter Benjamin:

²² Tal como señalamos más arriba, no hemos encontrado referencias en los documentos del BV. Cabe destacar, sin embargo, que Venezuela, y en particular Hugo Chávez, recibieron el impacto del pensamiento de Oscar Varsavsky.

Articular históricamente el pasado no significa conocerlo “tal como verdaderamente fue”. Significa apoderarse de un recuerdo tal como éste relumbra en un instante de peligro. [A]trapar una imagen del pasado tal como ésta se le enfoca de repente al sujeto histórico en el instante del peligro. El peligro amenaza tanto a la permanencia de la tradición como a los receptores de la misma. Para ambos es uno y el mismo: el peligro de entregarse como instrumentos de la clase dominante. En cada época es preciso hacer nuevamente el intento de arrancar la tradición de manos del conformismo, que está siempre a punto de someterla. Pues el Mesías no sólo viene como Redentor, sino también como vencedor del Anticristo. Encender en el pasado la chispa de la esperanza es un don que sólo se encuentra en *aquel* historiador que está compenetrado con esto: tampoco los muertos estarán a salvo del enemigo, si éste vence. Y este enemigo no ha cesado de vencer (Benjamin, 2004: 21-22).